



ROSAL MISIONERO

Carta n° 114

29 de julio 2019

¡Ave María purísima!

Unidos todos en el Corazón Inmaculado de María



Amigos del Rosal, aquí va la carta del presente mes; de Santo Tomás de Aquino.

La oración dominical es la principal entre todas las oraciones.

La oración del Padre nuestro reúne en efecto las cinco cualidades que en la oración se requieren. Porque la oración debe ser confiada, recta, ordenada, devota y humilde.

a) La oración debe ser ante todo confiada, de modo que nos acerquemos con confianza al trono de la gracia, como se dice en la epístola a los Hebreos (4, 16). Debe proceder también de una fe sin defecto, como se recomienda en la carta del apóstol Santiago: Si alguno de vosotros carece de sabiduría, pídale a Dios..., pero pídale con fe, sin sombra de duda (1, 6).

Ahora bien, el Padrenuestro es la oración que ofrece el fundamento más seguro a la confianza, porque fue compuesta por Cristo, nuestro abogado, que es el más sabio de los orantes, en quien se encuentran todos los tesoros de la sabiduría (cf. Col. 2, 3), de quien S. Juan ha dicho: Tenemos junto al Padre un abogado, Jesucristo, el justo (1 Jo. 2, 1). Por eso S. Cipriano escribe en su libro «Sobre la oración dominical»: «Teniendo a Cristo como abogado junto al Padre por nuestros pecados, al pedir perdón por nuestros delitos usemos las palabras de nuestro abogado»

El Padrenuestro cimienta también firmemente la confianza de que seremos escuchados por el hecho de que el mismo Cristo, que nos enseñó esta oración, la escucha juntamente con el Padre, según aquello que dice el Señor en la Escritura: Clamará a mí y yo lo escucharé (Ps. 90, 15). Por lo que escribe S. Cipriano: «Rogar a Dios utilizando sus mismas palabras es oración amistosa, familiar y devota». Nadie dice jamás esta oración sin algún fruto, pues por la misma se perdonan los pecados veniales, según enseña S. Agustín.

b) Nuestra oración debe, en segundo lugar, ser recta, de modo que el que ore pida a Dios aquellas cosas que verdaderamente le convienen. «La oración»- dice S. Juan Damasceno- «es la petición a Dios de las cosas que conviene pedir». Muchas veces la oración no es escuchada porque en ella se piden cosas inconvenientes. Pedís y no recibís, porque pedís mal, escribe Santiago (4, 3). Es muy difícil saber lo que se ha de pedir, por ser muy difícil saber lo que se debe desear. No se puede pedir lícitamente en la oración sino aquello que lícitamente se puede desear. Por eso dice el Apóstol que no sabemos pedir como conviene (Rom 8, 26).

Sin embargo, tenemos un maestro que es el mismo Cristo. Él nos enseñará lo que nos conviene pedir. Los Discípulos le dijeron: Señor, enséñanos a orar (Lc. 11, 1). Por tanto, los bienes que Él nos enseñó a pedir en la oración, se piden con toda rectitud. «Si recta y convenientemente oramos»- comenta S. Agustín- «cualesquiera sean las palabras que utilicemos, no haremos sino repetir lo que ya se encuentra en esta oración dominical».

c) También la oración debe ser ordenada como el deseo, ya que ella es intérprete del deseo.

El orden conveniente consiste en que prefiramos en nuestros deseos y oraciones, los bienes espirituales a los carnales y los celestiales a los terrenos, conforme a la recomendación del Señor: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt. 6, 33). Es lo que el Señor nos enseñó a guardar en esta oración: en ella se piden primero las cosas celestiales sólo después las terrenas.

d) Además la oración debe ser devota, porque la unción de la devoción hace que el sacrificio de la oración sea aceptable a Dios, según aquello del salmo: En tu nombre, Señor, alzaré mis manos, y mi alma se empapará como de untura y de gracia (Ps. 62, 5-6). La devoción se debilita muchas veces por la extensión de la oración. Por ello el Señor nos enseñó a evitar la extensión excesiva en la oración: No habléis mucho al orar, nos recomienda el Evangelio (Mt. 6,7). Y S. Agustín, escribiendo a Proba, le dice también: «Cuida que en tu oración no haya abundancia de palabras; sin embargo, si tu voluntad persevera fervientemente, no dejes de suplicar con intensidad». Esta es la razón por la que el Señor quiso que el Padrenuestro fuera una oración breve.

La devoción nace de la caridad, que es amor a Dios y al prójimo. En la oración dominical se ponen de manifiesto ambos amores. En efecto, para mostrar nuestro amor a Dios, lo llamamos «Padre», y para significar nuestro amor al prójimo, rezamos por todos en general diciendo: «Padre nuestro...perdónanos nuestras deudas», porque es el amor al prójimo el que nos incita a expresarnos así.

e) Finalmente la oración debe ser humilde. Dios miró la oración de los humildes, leemos en el salterio (Ps. 101, 18); cosa que el Señor confirmó en la parábola del fariseo y el publicano (Cf. Lc. 18, 9-15). Por eso Judit, orando al Señor le decía: Siempre te agradó la súplica de los humildes y de los mansos (Jud 9, 16).

Humildad que se observa por cierto en el Padrenuestro, pues hay humildad verdadera cuando uno nada espera en sus propias fuerzas, sino que espera alcanzarlo todo del poder divino.

¡Ánimo y Fuerza!

Con mi bendición.

P. Héctor Luna, IVE. Esclavo de María

<http://www.rosalmisionero.net/>
rosalmisionero@ive.org

<http://www.rosalmisionero.net/consagracion-a-cristo-por-maria/>